

sácame cuanto antes de esta terrible curiosidad en que estoy metido.

Y empezó Nieves á relatar; y relatando ella punto por punto todo lo ocurrido aquel día memorable, con la más escrupulosa minuciosidad, y aun recargando los trazos y los colores en algunos pasajes, como si intentara grabarlos hondamente en la memoria y en el corazón de su padre; oyendo él absorto, estremeciéndose á menudo, aterrado en ocasiones, descolorido y suspenso siempre; preguntando y repreguntando á veces para apurar la materia; y llevando, por último, ella y él la conversación á los sucesos domésticos que tuvieron origen en el relatado por Nieves, se les fué pasando la mañana hasta la hora de comer; llegó entonces don Claudio Fuertes, y aconteció lo que el lector verá en el siguiente capítulo, que, si no es el último de la presente historia, ha de andar muy cerca de serlo.



XIII

EN EL QUE TODOS QUEDAN SATISFECHOS
MENOS EL LECTOR

ACONTECIÓ primeramente, que don Alejandro Bermúdez, sin dar tiempo á que su amigo se sentara, ni acabara de saludar siquiera, le informó de lo tratado allí con Nieves; noticia que alegró mucho á don Claudio, porque había temido, al ver los extraños continentes del padre y de la hija, y al primero con el endiablado papel entre manos, que se hubieran tragado el veneno

vertido en su cuarta plana con ese fin por Maravillas. Ventilado aquel punto á la ligera, el comandante dió por supuesto que los señores de Peleches estarían enterados de lo que acababa de suceder en la villa. No tenían la menor noticia de ello.

— Y ¿cuál ha sido la causa? — preguntó Bermúdez después de la ligerísima pintura del suceso, que les hizo don Claudio.

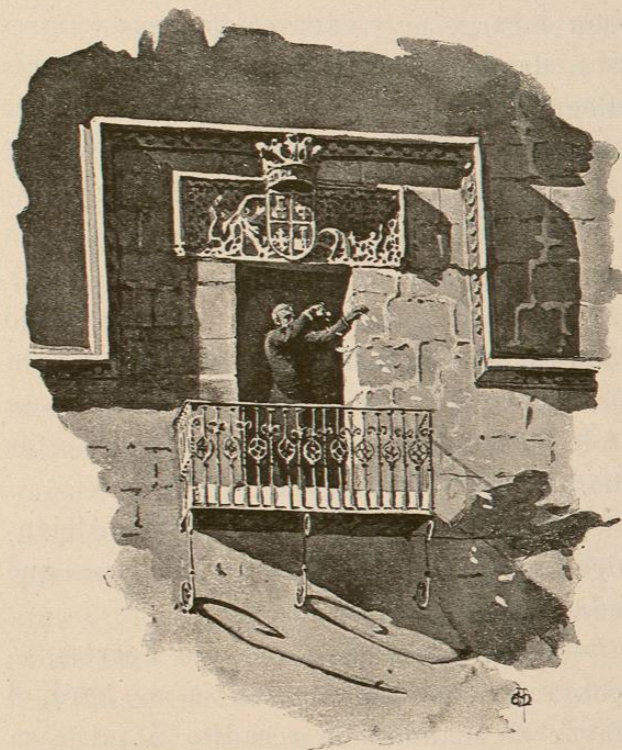
— La causa verdadera y fundamental de todo — respondió éste — ha sido el artículo que le habrá chocado á usted, por lo desfachatamente impío, que va á la cabeza del periódico que tiene usted en la mano.

— No he leído de todo él — respondió don Alejandro — más que la noticia esta, que nos ha dado qué hablar y qué pensar á Nieves y á mí para toda la mañana.

— ¡Hombre! — exclamó Fuertes como si se alegrara mucho de ello. — Pues tanto mejor entonces... A ver, á ver, mi señor don Alejandro: como fiel cristiano que es usted, está obligado á entregarme ese periódico... Venga.

Don Alejandro se le entregó siguiendo lo que le parecía broma de su amigo.

— Y yo — añadió éste — tengo el deber, como fiel cristiano que también soy, de



hacer trizas el papelejo y arrojarlas por el balcón.

Y como lo decía lo iba haciendo.

— Porque han de saber ustedes — prosí-

guió después de volver á su asiento — que este periódico ha sido excomulgado desde el altar por don Ventura, en misa mayor, con encargo muy encarecido á sus feligreses, de que destruyan cuantos ejemplares lleguen á su poder ó vean en el de sus deudos ó amigos... Es el demonio el tal Maravillas. ¡Lo que él ha revuelto hoy!

Estando en esto, avisó Catana que estaba servida la sopa.

— Pues mientras ustedes comen — dijo don Claudio levantándose — les daré cuenta minuciosa de todo lo ocurrido; porque ese solo fin es el que me ha traído aquí á estas horas.

— Lo mejor será — contestó don Alejandro, apoyado en seguida por Nieves — que coma usted con nosotros.

— Aceptado el envite, — dijo Fuertes, — contando con que también se me hará el favor de mandar un recadito á mi casa para que no me esperen.

Así se hizo.

Don Alejandro comió poco y Nieves menos. En cambio don Claudio Fuertes no cerró boca, más, en verdad sea declarado,

hablando que comiendo. Refirió el motín y el suceso que le precedió en la iglesia, con todos sus pelos y señales. Hasta Leto y él, y Cornias y el mancebo, y casi, casi, don Adrián, habían tenido que andar en la gresca. No recordaba él haber dado más garrotazos en su vida... ni á los moros de África. Triste era haberse ensañado tanto en sus propios convecinos; pero se habían ido hacia aquel lado todos los ganapanes de Villavieja, y hubo que defenderse y ayudar á los amigos. La botica se había colmado después de desmayadas y contusos; y á don Adrián, y á Leto y al mancebo, y al mismo Cornias, les faltaba tiempo para disponer antiespasmódicos y aplicar compresas de árnica y vegeto, y hasta alguna que otra tira de aglutinante. No se había visto otra ni se volvería á ver tan pronto en Villavieja. Las gentes formales estaban indignadas con el mequetrefe; y las familias de sus colaboradores engañados, pensaban llevar el asunto á los tribunales de Justicia. También se hablaba de tomar alguna medida gubernativamente, por haberse repartido el periódico sin la debida

autorización oficial. Había bastante *tolle, tolle*, contra las Escribanas, por ser cosa corriente que la mayor de ellas había pagado á Maravillas los gastos de la edición. De Maravillas se afirmaba, y sería verdad, que había huído de Villavieja durante lo más recio de la refriega, á uña de caballo, hacia la ciudad. Su padre había cerrado la taberna, muerto de miedo; y desde una ventana de arriba había declarado al pelotón de curiosos que le apostrofaban desde abajo, que estaba dispuesto á comerse todos los ejemplares del periódico que se le presentaran, si con ello se calmaban las iras reinantes contra él. Del hijo, que no se le hablara: era un trastuelo, un hereje, que tenía que acabar mal si no cambiaba de ideas, como se lo tenía él bien advertido... Se creía que bajaría muy poca gente por la tarde á ver el vapor que había entrado; porque los espíritus estaban muy soliviantados, y se aguardaba en el Casino un lleno después de comer, y quizá algún disgusto entre los chicos colaboradores, que ardían, y cualquiera que tuviera la mala ocurrencia de «tomarles el pelo» ó defender al

fugitivo. En fin, que podía dar juego todavía el programa del sabio Maravillas. El pobre don Adrián no había salido aún de su espanto. Leto, después del desahogo que se había dado á todo su gusto sobre Maravillas y sus defensores, estaba ya tan sereno y en sus quicios ordinarios; á él, á don Claudio, con verle bastaba.

Se continuó hablando del suceso; acabóse antes que el tema la comida; retiróse Nieves de la mesa; alzáronse los manteles; sirvióse el café á los dos comensales que quedaban en ella; tomáronlo, bien interlineado con sorbos de excelente licor y chupadas á muy exquisitos habanos; y á medio consumir éstos aún, rogó don Alejandro Bermúdez á don Claudio Fuertes que pasara con él á su gabinete, porque tenía que hablarle en secreto de cosas de sumo interés.

Encerrados ambos, muy picado de la curiosidad don Claudio Fuertes y muy preocupado, pero muy sereno y armado de resolución don Alejandro Bermúdez, dijo éste:

— ¿Usted había notado algo de esa que

podemos llamar enfermedad de mi hija, que yo descubrí, y de la cual le hablé anteayer en este mismo sitio?

— ¡Pshe! — respondió don Claudio después de meditar un instante y comprendiendo, por el tono de la pregunta y por el aire de Bermúdez al hacerla, adónde iba á parar éste con el asunto en aquella ocasión; — algo, algo, no era difícil de notar: ya ve usted, á perro viejo... Pero cuando me convencí de que lo había, y mucho, quizá sin haberlo notado ninguno de los dos, fué cuando él, espantado con la idea de que pudiera llegar á oídos de usted la noticia del suceso que Nieves le ha referido hoy, me buscó para referirmele á mí en el mayor secreto. ¡Qué cosas adiviné entonces, don Alejandro! y francamente, ¡qué grandes y qué hermosas y cuán de admirar en aquel noble y valiente muchacho!

— Sí, señor, — dijo Bermúdez sacudiendo con el dedo meñique en un cenicero de porcelana que había sobre la mesa-escritorio, la ceniza de su medio cigarro, — para que nada falte en este malhadado asunto, hasta hay de por medio su rasgo de novela; ese

toque romántico del salvamento de la protagonista.

— ¡Buen romanticismo nos dé Dios, señor don Alejandro! ¡Romántico un lance de una realidad tan tremenda, que todavía me pone los pelos de punta cuando le recuerdo en toda su imponente sencillez!

— ¿Los pelos de punta, eh? Mire usted los míos, don Claudio, que aun chisporrotean desde que oí el relato hecho por Nieves. ¡Y si viera usted cómo está la sangre de mis venas, y lo que pasa en el fondo de mi corazón, y las ideas que hierven en mi cerebro!...

— Por visto, don Alejandro, por visto. Pero le he oído á usted calificar de malhadado al asunto principal, y me voy á tomar la libertad de decirle que no hallo el calificativo arreglado á justicia.

— ¡Canástoles!... ¿Cómo que no?

— Pues como que no.

— Yo tenía mis planes, señor don Claudio; yo tenía mis planes.

— Corriente: tenía usted sus planes.

— De lo que me dió á entender mi hija el viernes; de lo que ayer sábado me declaró

sin ambages, y de lo que hoy ha dejado traslucir en su relato, se deduce que su enfermedad, como le he dicho á usted antes, no tiene más que un remedio; y ese remedio es incompatible con los planes que yo tenía.

— Y ¿qué iba usted buscando en esos planes, señor y amigo mío? ¿el bien de su hija ó el bien del otro?... Entendámonos: dando por hecho que yo tengo noticias de esos planes, porque ciertas cosas no se pueden ocultar.

— Concedido, y me parece ociosa la pregunta de usted. ¿Qué otro bien he de perseguir en esos planes, sino el bien de mi hija?

— Conformes; pero verá usted como no fué mi pregunta tan ociosa como cree: ¿qué garantías le han dado á usted de que la felicidad de Nieves ha de hallarse por el camino de esos planes?

— Hombre... cuantas pueden darse en un caso así.

— Ninguna, señor don Alejandro, ninguna. Usted solamente conoce á su sobrino... porque del hijo de doña Lucrecia se trata, ¿no es verdad?... Corriente: usted no conoce á ese sobrino más que por el

retrato, por sus cartas y por los elogios que de él le habrá hecho su madre; y todo esto es muy poco.

— ¡Poco?

— Sí, señor, muy poco... nada; porque con todo ello junto y á pesar de las ponderaciones honradísimas de su madre, sin que ella lo sepa puede ser el chico un perdulario, ó llegar á serlo, ó un descastado, ó un hombre inútil y un detestable marido...

— ¡Eche usted, canástoles! ¡eche usted más peste si le parece poco todavía la que ha echado sobre el pobre chico! Amigo de Dios, llevando las cosas á tales extremos...

— He hablado en hipótesis, señor don Alejandro, y nada inverosímil por cierto... Y ¡qué demonio, hombre! desde luego puede apostarse la cabeza á que ese caballerito, con todos sus caudales y sus vuelillos y hopalandas de letrado, no es capaz de arrojarse á la mar para sacar de ella á su prima, como lo ha hecho el otro.

— ¡Bah!... Ya salió otra vez el rasgo novelesco.

— Porque ha venido al caso que salga; no por lo que tiene de novelesco, que no